

Pasó un año, y el primer cónsul dirige una alocución á los curas de la ciudad de Milán: "He deseado veros á todos reunidos aquí, á fin de tener la satisfacción de daros á conocer los sentimientos que me animan respecto á la religión católica, apostólica y romana. Convencido que esta religión es la única que pueda procurar una felicidad verdadera á una sociedad bien ordenada y consolidar las bases de un buen gobierno, os aseguro que me dedicaré á protegerla y á defenderla en todos los tiempos y por todos los medios. Vosotros, los ministros de esta religión, que ciertamente es también la mía, os considero como mis queridos amigos, os declaro que consideraré como perturbador del reposo público y enemigo del bien común, y que sabré castigar como tal de la manera más rigurosa y más ejemplar, y hasta, si es necesario, con la pena de muerte, á cualquiera que haga el menor insulto á nuestra común religión, ó que se atreva á permitirse el más leve ultraje á vuestras sagradas personas," (1).

Así es que Napoleón es á la vez buen musulmán y excelente católico. El lenguaje que usa con el scherif de la Meca y las palabras que dirige á los curas de Milán se ve tan claramente están dictadas por la política, que sería candidez el tomarlas al pie de la letra. ¿Debe, pues, decirse que Napoleón era un incrédulo á la manera de los filósofos franceses del último siglo? Los que lo han visto de cerca así lo dicen. Hé aquí la profesión de fe que Bourrienne pone en sus labios: "Que no crea el papa que ha tenido que habérselas con un imbécil. Adivinad qué es lo que ponen por delante, la salvación de mi alma. Para mí, la inmortalidad es el recuerdo que se deja en la memoria de los hombres." Cuando el concordato, continúa Bourrienne, se dieron muchos pasos para inducir al primer cónsul á llenar en público los deberes que la religión prescribe. Me dijo saliendo de una de esas conversaciones: "Ya es bastante con esto, no me piláis más, no lo obtendréis; no haréis jamás de mí un hipócrita," (2). ¿Por qué, pues, levantaba los altares del catolicismo? Decía á Bourrienne: "En to-

mo VI, p. 82). Compárese la proclama del 14 mesidor, año VI (*Correspondencia de Napoleón*, t. IV, p. 270): "¿No somos nosotros los que hemos destruido al papa que decía que era preciso hacer la guerra á los musulmanes? Yo respeto á Dios, su profeta y el Corán."

(1) Alocución del 16 prairial, año VIII (*Correspondencia de Napoleón*, t. VI, p. 426).

(2) BOURRIENNE, *Mémoires*, t. IV, c. XVII.

dos los países, la religión es útil para el gobierno; es preciso servirse de ella para obrar sobre los hombres: yo era mahometano en Egipto, soy católico en Francia."

Sin embargo, Napoleón no era un incrédulo; si no profesaba ninguna religión positiva, tenía por lo menos la convicción profunda que la religión es necesaria. Hay en su alocución á los curas de Milán palabras notables, que lo mismo podría firmar un librepensador que un cristiano. "Yo también, dice, soy filósofo y sé que ningún hombre podría pasar por virtuoso si no sabe de dónde viene y adónde va. La sola razón no podría fijarnos respecto á esto. Ninguna sociedad puede existir sin moral; no hay buena moral sin religión; no hay, pues, más que la religión que dé al Estado un apoyo firme y duradero. Una sociedad sin religión es como un buque sin brújula: un buque en este estado no puede, ni asegurarse de su derrotero, ni esperar entrar en el puerto. Una sociedad sin religión, siempre agitada, perpetuamente quebrantada por el choque de las pasiones más violentas, siente en sí misma todos los furoros de una guerra intestina que la precipita en un abismo de males, y que, pronto ó tarde, trae infaliblemente su ruina."

A través de esas contradicciones aparentes, puede formarse una idea exacta de la misión religiosa de Napoleón. Que no asuste á nadie esta palabra. ¿No tenía la Revolución, que procede de la filosofía, una misión religiosa? La hemos establecido por el testimonio mismo de los revolucionarios (1). Napoleón era, en cierto sentido, el heredero de la Revolución; puede decirse igualmente que insuguró la contrarrevolución. Como heredero de la Revolución, debía proseguir la obra de la Constituyente, es decir, destruir por todas partes la Iglesia como cuerpo privilegiado, hacer una guerra á muerte al ultramontanismo y á sus instrumentos, las órdenes monásticas. Esto era preparar el camino á una religión nueva, mejor dicho, á un cristianismo nuevo. La Convención había querido realizar la idea de una religión civil, pero fracasó. Por esto Napoleón restableció los viejos altares; pero no creía, ciertamente, restablecer el viejo catolicismo. Es, pues, á la vez innovador y reaccionario en religión como en política.

(1) Véase la parte décimacuarta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

En sus largos altercados con el papa, Napoleón se vanaglorió de ser el restaurador del culto católico. Se lee en una nota del ministro de relaciones exteriores, Champagny, al cardenal Caprara, legado pontificio (1): "La Iglesia galicana bendice al emperador que honra la religión y protege á sus ministros. Ha ido más allá de lo que prescribía el concordato... Protector de la confederación de Alemania, el emperador debe cuidar los intereses de la religión de esa gran comarca. Por esto le ha sido dado el poder temporal." Napoleón acusa la obcecación y la ignorancia de los consejeros de la corte de Roma que la inclinan á sacrificar el interés de los católicos al de los protestantes: "El emperador, que recuerda que la religión no puede perecer, y que ha sido el instrumento de que Dios se ha servido para restablecerla en Francia, ¿no puede considerarse como teniendo la misma misión que llevar en Alemania? ¿No se halla también revestido de un sacerdocio que le impone el deber de defender á los católicos de las márgenes del Oder, del Vistula y del Rhin?"

Cuando Napoleón dictó esa nota altiva, se había hecho el enemigo del papa, pero se pretendía siempre el protector de la Iglesia. Aun hoy se le celebra como el restaurador de la religión. Todos los ortodoxos, así protestantes como católicos, le agradecen "el haber tendido la mano al papado, para volver á levantar, de acuerdo con él, á la Iglesia en el seno del Estado." A Mr. Guizot no se le ocultan, dice, las imperfecciones del concordato; pero, "á su parecer, la inteligencia de la necesidad y de los derechos materiales del poder religioso al lado del poder político es el más bello relámpago de genio moral y buen sentido práctico que haya brillado en la vida de Napoleón; feliz él si no hubiera buscado un instrumento servil en el aliado moral al cual había devuelto en Francia su puesto y su acción," (2).

Es hacerse ilusión, nos parece, el creer que Napoleón haya pensado en establecer un poder religioso al lado del poder político. No ha querido nunca más que un solo poder, el suyo; en cuanto á la religión, la protegía á su manera, como un excelen-

(1) Nota del 21 de Septiembre de 1807 (Schoell, *Archivos históricos y políticos ó Colección de piezas oficiales*, tomo III, páginas 68-70).

(2) GUIZOT, *los Hombres del 89* (*Revue des Deux Mondes*, 1863, tomo I, p. 876).

te medio de policía. En este sentido es como habla en Santa Elena: "Respetaba las cosas espirituales y las quería dominar sin tocarlas, sin intervenir en ellas; las quería amoldar á sus miras, á su política, pero por medio de la influencia de las cosas temporales." Se le criticó amargamente la traslación del papa á Francia. En los sentimientos de Napoleón, el papado debía hacerse francés, en el sentido de que el emperador hubiese aprovechado la influencia que ejerce en los espíritus. El establecimiento de la corte de Roma en París hubiese sido fecundo en grandes resultados políticos. Su influencia en España, Italia, la confederación del Rhin, Polonia, hubiera estrechado los vínculos federativos del gran imperio, y la que el jefe de la cristiandad tenía sobre los fieles de Inglaterra, de Irlanda, de Rusia, de Prusia, de Austria, de Hungría, de Bohemia, hubiese sido la herencia de la Francia. Esto explica las palabras que el emperador dirigió un día al obispo de Nantes, que le manifestaba con energía la utilidad y la importancia del jefe visible de la Iglesia para la unidad de la fe: "Señor obispo, estad tranquilo; la política de mis Estados está íntimamente ligada con el mantenimiento y el poder del papa; necesito que sea más poderoso que nunca; no tendrá jamás tanto poder como mi política me inclina á desearle," (1).

El sistema religioso de Napoleón tendía al mismo fin que su sistema político, la dominación universal. Quería reconstituir la monarquía de Carlomagno. El imperio era también el ideal de los papas; pero en Roma se pretendía dominar á los reyes, mientras que Napoleón quería dominar al papado, y por medio de éste al mundo. Si esta utopía hubiera podido realizarse, hubiese conducido al más espantoso despotismo que jamás ha pesado sobre los pueblos: el género humano, en cuerpo y alma, hubiera estado en las manos de un hombre. Felizmente que la utopía es irrealizable, porque es falsa. En la edad media, la pretendida armonía de los dos poderes fué una lucha permanente, lucha que salvó á la Europa de la monarquía universal. En el siglo XIX, la unión del papa y del emperador no duró ni un día: se disipó como se desvanecen las quimeras.

Napoleón es el hombre del pasado, en tanto que quiere apoyarse en el poder espiritual de la

(1) *Mémoires de Napoleón*, por el general Montholon.

Iglesia para dominar mejor en el mundo. Ya no hay poder espiritual, en el sentido del catolicismo, y ningún poder humano conseguirá resucitar formas muertas. Pero también hay un elemento de porvenir en la política religiosa de Napoleón. Al abolir las órdenes religiosas, la Asamblea constituyente dió el golpe de muerte al catolicismo tradicional. ¿Se quiere una prueba de ello? Miremos alrededor nuestro; vemos á los frailes que vuelven con la reacción ultramontana. Pero los aparecidos son también una quimera. La filosofía ha matado á los frailes, y la filosofía no tiene miedo de los aparecidos. Napoleón, que le gustaba llamarse protector de la religión, no pensaba en el vínculo íntimo que existe entre el monaquismo y la Iglesia: perseguía á los frailes con un verdadero encarnizamiento; sobre todo no quería oír hablar de los jesuitas. El 15 vendimiario, año XIII, escribe á Fouché: "He leído con atención el informe del prefecto de policía respecto á la ejecución del decreto del 3 mesidor, año XII, relativo á las corporaciones religiosas. Mi objeto principal ha sido el impedir á los jesuitas el establecerse en Francia. Toman toda especie de figuras. No quiero ni *corazón de Jesús* ni *cofradía del Santo Sacramento*, ni nada que se parezca á una organización de milicia religiosa, y, bajo ningún pretexto, no pienso dar un paso más, ni tener más eclesiásticos que los curas seculares. Mi intención es igualmente el no querer conventos de religiosas," (1).

El emperador escribió el mismo día á Talleyrand: "Deseo que escribáis á España para dar á conocer que vería con disgusto el restablecimiento de los jesuitas; que no lo sufriré nunca en Francia ni en la república italiana; que puedo creer, según la naturaleza de nuestras relaciones, que la España continuará firme en los mismos principios, pero que quiero tener la seguridad de ello. Escribid lo mismo á la reina de Etruria," (2). Había en aquel momento una apariencia de agitación en favor del restablecimiento de los jesuitas; Napoleón tuvo noticia de ella mientras visitaba los departamentos reunidos. Escribió de Luxemburgo á Fouché: "Advertiréis á los redactores de *El Mercurio* y del *Journal des Debats* que no quiero que ni aun se pronuncie el nombre de jesuitas, y que se evite hablar

(1) *Correspondencia de Napoleón*, t. x, p. 20.

(2) *Carta del 13 vendimiario, año XIII* (*Correspondencia de Napoleón*, t. x, p. 22).

en los periódicos de todo lo que pueda conducir á mencionar esa sociedad. Yo no permití jamás su restablecimiento en Francia; España no la quiere, é Italia tampoco," (1).

Las corporaciones religiosas fueron una de las causas de la querrela entre Napoleón y la corte de Roma. Existían aún en Italia, y el papa hacia lo imposible para mantenerlas. El emperador le significó que no quería frailes por ningún precio. "No había en tiempo de los apóstoles, no hay en Francia, la Italia no tiene necesidad de ellos... El emperador cree deber pronunciar su voluntad respecto á esto, porque los documentos que tiene en sus manos le prueban la intención que ha habido en Roma de restablecer los jesuitas, esa *secta odiosa*, á quien la Francia atribuye la muerte del mejor de sus reyes..." (2). Al proscribir los frailes, y los jesuitas ante todo, Napoleón seguía el camino del porvenir. Después de su caída, el primer acto del papado restaurado fué el de restablecer la compañía de Jesús. Eso es característico para la corte de Roma, así como para el emperador. El restablecimiento de los jesuitas es la declaración de guerra á la civilización moderna y á sus conquistas. Napoleón, que se oponía á ello con todas sus fuerzas, estaba, pues, á pesar de sus instintos de déspota, á pesar de su antipatía por los filósofos, con los sentimientos de la filosofía y de la Revolución. Este es uno de sus títulos de gloria. Un historiador alemán aplaudió las violencias que, bajo la inspiración de la Revolución y de Napoleón, destruyeron los conventos. Gervinus añade que fué un golpe más terrible para el poder de la Iglesia que el que le había dado la Reforma (3).

La Revolución no se limitó á combatir el poder de la Iglesia; hubiera querido reemplazar el cristianismo tradicional con una religión civil, una religión de este mundo, mientras que el catolicismo es una religión del otro mundo. Napoleón no cayó en las exageraciones del 93, pero el espíritu que le animaba era el mismo. Tenemos de ello un notable testimonio en una decisión que dictó respecto á la observación del domingo. Varios obispos se habían quejado del modo poco decente con que se

(1) *Carta del 17 vendimiario, año XIII* (*Correspondencia de Napoleón*, t. xiii, p. 29).

(2) Nota de CHAMPAGNY, dirigida el 21 de Septiembre de 1807 al cardenal Consalvi (SCHÖLL, *Archivos históricos y políticos*, tomo III, p. 68).

(3) GERVINUS, *Introducción á la historia del siglo XIX*.

holgaba las fiestas legales; hubieran querido que se prohibiese el trabajo, como lo manda la Iglesia. El emperador responde: "Es contrario al derecho divino el impedir al hombre que tiene necesidades el domingo, como los demás días de la semana, el que trabaje el domingo para ganar su pan... De todos modos, Dios ha dado á los hombres la obligación del trabajo, porque no ha permitido que ninguno de los frutos lo obtuviera sin labor... Es preciso distinguir, en lo que el clero prescribe, las leyes verdaderamente religiosas y las obligaciones que no se han imaginado sino en vista de extender la autoridad de los ministros del culto." Arrastrado por su asunto, el emperador llegó hasta atacar lo que hay de exterior en el catolicismo, es decir, todo el catolicismo práctico. Califica de supersticiones, no tan sólo la observación del domingo, sino también la del ayuno. "¿No es Bossuet quien decía: Comeos un buey y sed cristianos? La observancia de la vigilia el viernes y la del descanso el día del domingo no son más que reglas secundarias y muy insignificantes." ¿En qué consiste, pues, según el emperador, la esencia de la religión? "Consiste, dice, en no perjudicar al orden social, en no hacer mal á su prójimo, en no abusar de su libertad." Hémos aquí muy cerca de la religión natural predicada por los filósofos. Si los curas, continúa Napoleón, pretenden imponer esas cadenas á las conciencias, es preciso reirse de ellos: "Yo soy la autoridad, y doy á mis pueblos, y para siempre, el permiso de no interrumpir su trabajo. Cuanto más trabajen menos vicios habrá." En el catolicismo, religión monástica por excelencia, la perfección es destruir la naturaleza. No es así como el emperador comprende la religión: "Cuanto más se proporcionen los hombres con abundancia la subsistencia que les es necesaria, tanto más satisfarán las necesidades de los órganos y el deseo de la naturaleza," (1). Este llamamiento al deseo de la naturaleza es el contrapío del cristianismo ortodoxo, es la religión de los filósofos, la religión de la Constituyente y de la Convención.

§ IV.—Napoleón conquistador.

I

Lo paz es uno de los principios del 89; al renunciar la Asamblea constituyente por medio de

(1) *Correspondencia de Napoleón*, t. xiv, p. 468-472.

un decreto solemne á las conquistas, era el órgano de los sentimientos y de las ideas de la civilización moderna. Nada le es más antipático que las guerras de conquista. Esto es tan cierto, que Napoleón, el gran conquistador, se vió obligado á condenarlas. Guerreado sin cesar, hacia protestas de sus gustos y de sus proyectos pacíficos. Jamás se ha visto mayor oposición entre las palabras y los actos. Vamos á oír al emperador pronunciar él mismo su condenación, reprobando lo que hacía su pasión. ¿Puede haber mayor prueba de que él era el hombre del pasado á la vez que el hombre del porvenir? Su naturaleza le inclinaba á la guerra y su inteligencia la condenaba.

Después de su advenimiento al imperio, Napoleón se hizo elegir rey de Italia. Con este motivo hace protestas "de que no tomará jamás las armas por vanos proyectos de grandeza, ni por el incentivo de las conquistas," (1). Pasados algunos meses, la guerra contra el Austria y la Rusia estalla: no se debe, dice el emperador, imputársela, porque todo el mundo sabe que no ha cesado de desear la paz: "Conoce todo el valor de la gloria adquirida por las armas en una guerra justa y necesaria; pero hay una gloria más dulce y más querida de su corazón: su primer deseo, el objeto constante de sus esfuerzos han sido siempre la tranquilidad de la Europa, el reposo y la felicidad de los pueblos," (2). La victoria de Austerlitz destruye la coalición. Napoleón está en la cima de su poder. El ministro de los cultos, Portalis, le hace un informe en el cual propone la institución de una fiesta por el aniversario del coronamiento y de la batalla de Austerlitz. Se creería oír á un orador de la Asamblea constituyente: "Esta fiesta celebrará la memorable victoria de Austerlitz, que ha salvado al Mediodía civilizado de la Europa de la tiranía del Norte, aún bárbaro. Esos acontecimientos realizados en tan poco tiempo, una liga insensata disipada, nuevos tronos levantados, una nueva balanza de la Europa establecida, el héroe de la Francia convirtiéndose en el pacificador de la Alemania, en el restaurador de la Italia y el bienhechor de la humanidad. En una palabra, la fiesta estará

(1) Discurso del emperador, del 18 de Marzo de 1805 (*Choix de discours et de rapports*, t. xix, p. 119).

(2) Exposición de la conducta de la Francia y del Austria desde la paz de Luneville, leída al Senado por Talleyrand, ministro de negocios extranjeros (*Choix de discours et de rapports*, tomo xix, p. 139 y siguientes).